

El verso es una de las características más permanentes del discurso poético a lo largo de su desarrollo histórico. Lo definimos como una línea que se suspende en el tiempo o se recorta en el espacio. De allí que se considere que el verso es la unidad fundamental de la poesía, unidad en la que se advierten tanto una dimensión fónica (temporal) como una dimensión gráfica (espacial).

La dimensión fónica

La dimensión fónica del verso está relacionada con su origen: para muchos la poesía nace con la música y la danza. Precisamente, sería el ritmo del baile y sus pasos los que delimitaran la extensión del verso. Más allá de esto, lo cierto es que el verso quiebra la disposición sucesiva y habitual del discurso oral, al incluir pausas finales, y la del discurso escrito, al incluir márgenes en blanco. En otras palabras, interrumpe el hilo de la charla o la linealidad de la escritura.

El verso constituye una marca externa que permite distinguir el discurso poético de otros discursos. Además su extensión –más o menos breve, pero siempre limitada- provoca un efecto de lectura particular.

La producción de un verso está sujeta a una determinada cadencia, melodía, sonoridad, a un compás. Por lo general, para aludir a este fenómeno se emplea un término que proviene del arte musical: el ritmo. El ritmo es uno de los aspectos que vincularon a la poesía con la música pero que a la vez le otorgó cierta independencia y poco a poco la poesía fue haciendo su propio camino.

Se podría decir que el ritmo está presente en todos los discursos orales o escritos. Pero, en la mayoría se trata de un efecto secundario. El ritmo poético, en cambio, es producido deliberadamente. Por eso, el ritmo se convierte en el principal factor de organización del material fónico (los sonidos) y semántico (los significados) de un verso, una estrofa o una serie indefinida de versos.

A la producción del ritmo, entonces, contribuyen diversos factores: la métrica y la rima son los más conocidos, pero, además intervienen las aliteraciones, las anáforas y los paralelismos: todos ellos están regidos por el principio de la repetición.

La dimensión gráfica

Transcripto en el papel, el verso exhibe una dimensión gráfica que se reconoce por los márgenes en blanco que lo rodean, esos grandes “márgenes de silencio” de los que hablaba Paul Eluard.

Desde la antigüedad la poesía escrita supuso un dibujo, aunque no fuera más que una columna pareja de versos. Sin embargo, es con la poesía contemporánea cuando se comienza realmente a experimentar con la página en blanco. La disposición gráfica de los versos, entonces se convierte en un signo identificador del discurso poético. Además, al explotar todas las posibilidades gráficas, la poesía incorpora un nuevo ritmo que podríamos definir como visual.

La aparición del verso libre tuvo mucho que ver con esta exploración del material gráfico de la poesía. Abandonadas la métrica fija y la rima, los versos lograron una mayor flexibilidad. La pausa final antes sujeta a reglas establecidas –la métrica o la rima- ahora depende exclusivamente de la voluntad del escritor.

En principio, se puede pensar que el corte del verso es absolutamente arbitrario. Es decir, que ninguna ley o regla determina esa interrupción. Sin embargo, si prestamos atención. Podemos descubrir que en esos cortes hay más de un porqué. En una de las actividades les propuse efectuar distintos cortes a una poesía para que advirtieran cómo las distintas pausas provocaban distintos ritmos. No obstante, no sólo es la búsqueda del ritmo la que lleva a determinar el corte en uno u otro lugar. También existe una voluntad de generar diversos efectos de sentido. Las diferentes posibilidades de corte de verso producen pausas que no necesariamente se corresponden con las pausas sintácticas, como si, además de los signos de puntuación, la poesía recurriera a otros signos invisibles (los espacios en blanco) para puntualizar, destacar o privilegiar una palabra sobre otras. Por otra parte, los cortes permiten que las palabras se aproximen o se distancien en el espacio del verso. Esas relaciones espaciales se traducen en relaciones de sentido.

Por lo tanto, el corte de verso suele estar acompañado de una diagramación también más libre. Los versos no están encadenados al margen de la página, sino que pueden desplazarse a la derecha o a la izquierda. Esas sangrías se asocian a nuevos silencios o tonos más bajos, por eso varían el ritmo sonoro y visual en la poesía. Al mismo tiempo, juegan de manera imprevista con los significados del poema. En la poesía –sobre todo desde principio de siglo XX- se ha experimentado con otras posibilidades gráficas. Muchos poetas intentaron convertir la poesía en un objeto visual. Así, el dibujo que formaban los versos pretendía representar o connotar un objeto o una idea.

La dimensión semántica

Además de asociarse por su semejanza fónica o su dimensión gráfica, las palabras se vinculan por lo que significan. Nos enfrentamos con cadenas de palabras asociadas por algún tema o unidad de significado en común, esto es, con isotopías.

En virtud de las asociaciones entre los significados denotados o connotados de las palabras, las poesías pueden presentar varias isotopías. Incluso, y eso puede desorientar a un lector desprevenido, suelen desplegar una cadena específica para aludir a otra.

Generalmente, se hace una distinción entre el lenguaje literal y el lenguaje figurado. Hay figuración cuando se habla de la declinación del día para referirse al final de la vida. ¿Por qué la poesía no plantea directamente lo que tiene que decir? Es difícil responder a esa cuestión...En todo caso, la poesía intensifica el uso del lenguaje figurado. Las figuras son esos procedimientos o recursos que producen significados indirectamente.